

CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD EN LA CULTURA MATERIAL DEL PERÍODO FORMATIVO EN COLIMA

Laura Almendros López
Rafael Platas Ruiz
Maritza Cuevas Sagardi¹

Resumen: El artículo gira en torno a la continuidad ocupacional del valle de Colima durante el periodo Formativo, en particular entre las fases culturales Capacha y Ortices. El texto se centra en los aspectos culturales, en concreto en el patrón de asentamiento, la organización social, los aspectos arquitectónicos y el patrón funerario, además de en la cronología. Es un estudio comparativo de materiales cerámicos de ambas fases que permite demostrar que las características formales de estos estilos cerámicos provienen de una misma evolución social, compartiendo más similitudes que diferencias.

Palabras clave: Arqueología, Occidente mesoamericano, Formativo, Colima, Fase Capacha, Fase Ortices.

Abstract: This paper is about the occupational continuity in the Colima Valley during the Formative period, particularly in the moment between the Capacha and Ortices phases. The text focuses on cultural aspects, particularly in the settlement pattern, the social organization, architectural aspects and the mortuary ritual, besides the chronology. This is a comparative study between the ceramic materials of both phases, which will allow to prove that the formal characteristics of these ceramic styles come from the same social evolution, sharing more similarities than differences.

Keywords: Archaeology, Mesoamerican western, Formative, Colima, Capacha phase, Ortices phase.

1. Investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Centro INAH Colima.

1. A propósito de la problemática de investigación: El Complejo Capacha en el valle de Colima

Varios años son los que se lleva trabajando en el estudio de la región dentro del Proyecto de Investigación Arqueológica El Formativo en Colima: una continuidad ocupacional que, como su nombre indica, se centra en este período antiguo de la ocupación prehispánica de esta región del occidente mesoamericano.

En el título también está implícita la problemática principal de la investigación, además de la hipótesis de trabajo planteada, que considera la existencia de grupos agrícolas y sedentarios que mantuvieron una continuidad de ocupación en el valle de Colima durante su desarrollo en el período Formativo.

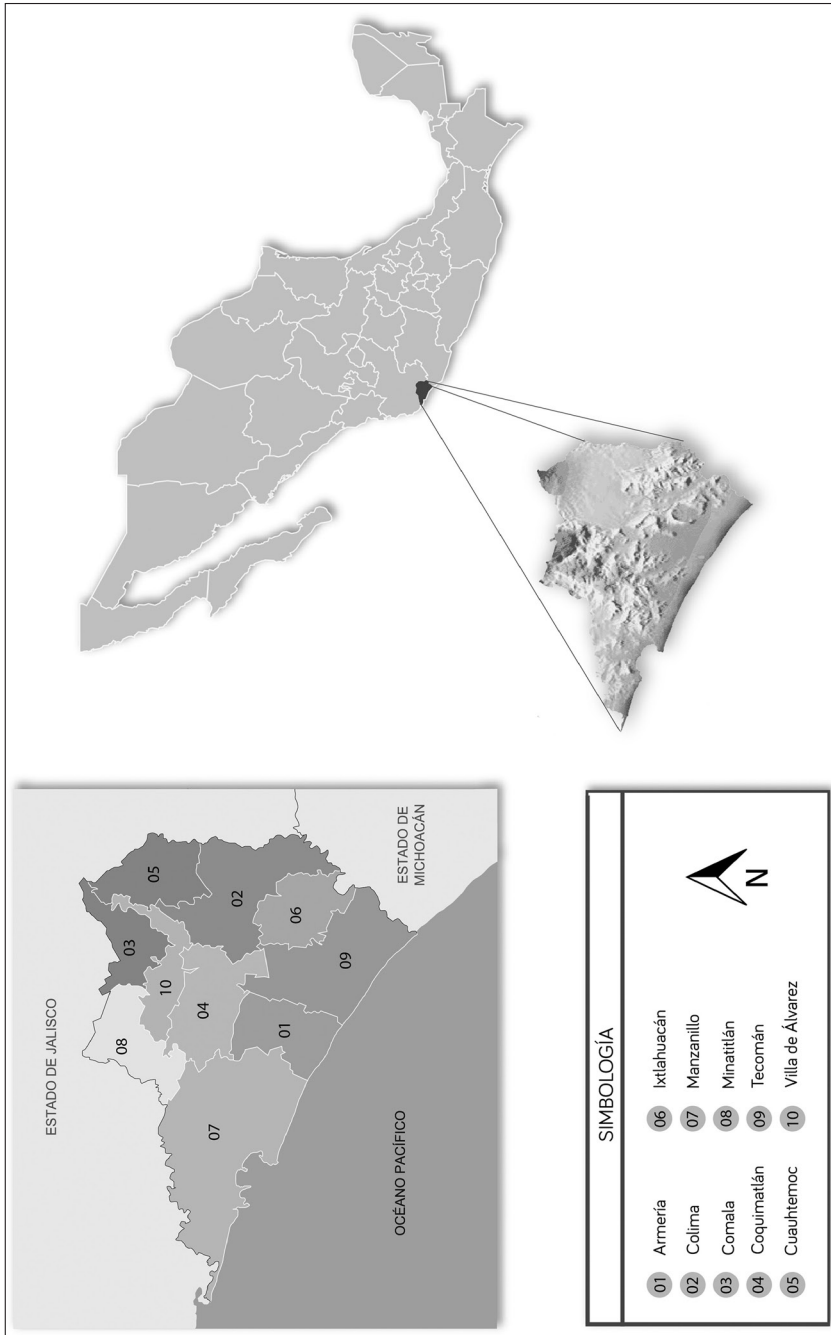
El valle de Colima se inserta dentro del actual estado de Colima, en la franja del Pacífico mexicano, como una de las cinco áreas fisiográficas de la entidad (Almendros y González, 2009). Tiene características muy específicas que generaron el asentamiento de grupos humanos desde tiempos remotos, pues se trata de un valle extendido, con una pendiente de norte a sur que baja por la ladera del volcán de Colima, o de Fuego, el cual es considerado todavía como uno de los más activos del continente americano. Esto hace que existan grandes emisiones de cenizas, lo que genera tierras más fértiles, además de una vegetación de bosque tropical caducifolio. Por otra parte, el clima cálido subhúmedo genera una temporada de intensas lluvias que mantienen las innumerables corrientes de agua que bajan por la ladera del volcán e irrigan los campos del valle, haciendo de este lugar un espacio completamente apto para el asentamiento de grupos humanos agrícolas (Mapa 1 adjunto).

Estas condiciones naturales permitieron que las primeras ocupaciones registradas del territorio iniciaran hacia el año 1500 a. C., siendo los vestigios más antiguos en la región los relacionados con la fase cultural conocida como Capacha, y que da nombre a una tradición cerámica localizada principalmente en el mencionado valle de Colima.

La cultura Capacha surge así, entre volcanes y ríos, muy seguramente tras un largo proceso de desarrollo cultural que inició gracias al sedentarismo que se dio con la aparición de la agricultura, el manejo de la alfarería y el uso de utensilios de molienda. En la actualidad, tenemos constancia de ella gracias a los contextos funerarios en que han sido encontradas singulares ofrendas cerámicas.

La doctora Isabel Kelly (1948) investigó la región desde los primeros años de la década de 1940, estableciendo, a través de diferentes recorridos de superficie y materiales recolectados, una síntesis sobre la secuencia cultural del centro de Colima a la que denominó Eje Armería, nombre otorgado debido a uno de los ríos más importantes de la región, ya que muchos de los materiales arqueológicos fueron encontrados en sitios (yacimientos) ubicados a lo largo de su cauce. Dicha secuencia fue reforzada, posteriormente, a partir de la década de 1960, con el hallazgo, en excavaciones controladas y sistemáticas, de vasijas cerámicas consideradas por la investigadora como muy tempranas. De esta

Mapa 1. Estado de Colima, México.



Fuente: Elaboración de Georgina Ortiz.

manera, basándose en el análisis de este material logra presentar en una publicación (Kelly, 1980) la descripción detallada de la secuencia cultural de Colima, con dataciones absolutas para cada fase, trabajando sobre todo acerca de la primera etapa agrícola, a la que denomina Capacha, y para la que propone como fecha de inicio c. 1500 a. C. Para la autora, la secuencia cultural prehispánica en Colima tendría siete fases que partirían del Formativo medio, precisamente con Capacha, y abarcarían hasta el Posclásico tardío (Kelly, 1980).

Si se observa la secuencia cronológica de Mesoamérica, es posible ver que los grupos que definen la cultura Capacha tuvieron su desarrollo durante el período Formativo o Preclásico, siendo contemporáneos a otras culturas importantes de esta época como El Opeño, en el vecino estado de Michoacán; Tlatilco, en el Altiplano Central, y la conocida cultura Olmeca que se desarrolló en la región del Golfo de México.

En los últimos años, a partir de una mayor investigación arqueológica en la región, se ha podido afinar la secuencia cronológica y cultural de la ocupación prehispánica en Colima, que resulta prácticamente igual a la planteada por Kelly en los ochenta; el cambio es que se reduce a seis fases, ya que la diferencia entre las fases Chanal y Periquillos, ambas del Posclásico, únicamente se basaba en la aparición de un tipo de figurillas muy particulares durante esta última fase, que, en trabajos posteriores, se comprobó que existen también en contextos claramente Chanal.

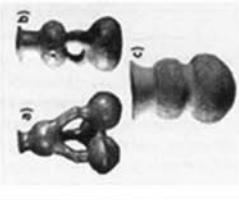











En cuanto a la cronología, se podrá observar (Figura 1 adjunta) que la mayoría de las fases se traslapan con su anterior inmediata, es decir, aún no ha terminado una cuando ya está iniciando la otra; hasta el momento no hemos podido definir las características de los momentos de transición entre fases culturales distintas. Sin embargo, las únicas que parecen no tener continuidad en la secuencia son, precisamente, las correspondientes al período Formativo: Capacha y Ortices.

Justamente es este aparente hiato temporal el que ha constituido la base de la problemática de la investigación planteada por este proyecto. Así, el objetivo principal es definir las características culturales de los grupos que habitaron la región durante el Formativo, centrados en la tradición Capacha. Para ello, es necesario caracterizar cada una de las fases a partir de los datos y vestigios con los que contamos, tanto en el ámbito de la cultural material como en el de otras expresiones culturales, tales como las funerarias o las habitacionales.

En este sentido, Kelly sentó las bases para que se desarrollara una investigación más amplia al plantear en su ya mencionada publicación de 1980 varias de las preguntas que intentamos contestar sobre esta paradigmática fase.

Entre los aspectos que se pueden mencionar de la investigación en torno a esta fase temprana, quizá el más destacado es el relacionado con su cronología (Olay, Alcántara y Almendros, 2010). Como se comentaba arriba, esta se basa en una fecha obtenida mediante datación por Carbono 14 de una muestra que la doctora Kelly envía a los laboratorios privados Geochron, la cual dio como resultado 3400 ± 200 B.P. o 1450 a. C., en contraposición a otras 11 da-

Figura 1. Cuadro cronológico donde se muestra la secuencia cultural de Colima en relación con otras áreas de Mesoamérica (Cuevas y Platas, 2011: 22).

SECUENCIA CULTURAL DE COLIMA											
FASE CAPACHA	FASE ORTICES	FASE COMALA	FASE COLIMA	FASE ARMERÍA	FASE CHANAL						
 <p>a) Trifido, b) Trifido, c) Vajilla con forma de bula</p>	 <p>a) Vajilla tripodal, b) Vajilla de silueta compuesta, c) Vajilla zoomorfa</p>	 <p>a) Escultura zoomorfa, b) Figurilla antropomorfa, c) Vajilla fíromorfa</p>	 <p>a) Vajilla policroma, b) Vajilla policroma, c) Vajilla zoomorfa</p>	 <p>a) Escultura antropomorfa, b) Escultura antropomorfa, c) Vajilla policroma</p>	 <p>a) Brasero efígie, b) Incensario antropomorfo, c) Figurilla femenina, d) Gobernante</p>	<p>Preclásico Temprano</p> <p>Preclásico Medio</p> <p>1500 a.C – 1000 a.C</p>	<p>Preclásico Medio</p> <p>Preclásico Temprano</p> <p>500 a.C – 100 d.C</p>	<p>Clásico Temprano</p> <p>Clásico Medio</p> <p>Clásico Tardío</p> <p>0 – 500 d.C</p>	<p>Clásico Medio</p> <p>Clásico Tardío</p> <p>400 d.C – 600 d.C</p>	<p>Clásico Tardío</p> <p>Posclásico Temprano</p> <p>600 d.C – 1000 d.C</p>	<p>Posclásico Temprano</p> <p>Posclásico Tardío</p> <p>1000 d.C – 1500 d.C</p>
CRONOLOGÍA DE MESOAMÉRICA											
PRECLÁSICO (2500 a.C – 200 d.C)			CLÁSICO (200 d.C – 900 d.C)								
 <p>a) Señor de Las Limas, Las Limas, b) Cereza, c) Cabeza colosal I (el Rey), San Lorenzo Tenochtitlán, f) Trono Monumento, 14), San Lorenzo Tenochtitlán.</p>	 <p>a) Figurilla tipo baby face.</p>	 <p>a) Máscara estilo Teotihuacana, b) Vajilla Teotihuacana, c) Chauterfoot, d) Carita sonriente, e) Una entlo Zapoteca, f) Escultura Zapoteca, g) Escultura de Palenque, h) Cilindro con peristila Maya</p>	 <p>a) Vajilla Mixteca, b) Representación de Ehecatl, c) Coatlícue, d) Vajilla Azteca, e) Escultura Azteca</p>	 <p>a) Vajilla Mixteca, b) Representación de Ehecatl, c) Coatlícue, d) Vajilla Azteca, e) Escultura Azteca</p>	 <p>a) Vajilla Mixteca, b) Representación de Ehecatl, c) Coatlícue, d) Vajilla Azteca, e) Escultura Azteca</p>	<p>Preclásico Medio</p> <p>Preclásico Temprano</p> <p>500 a.C – 200 d.C</p>	<p>Preclásico Medio</p> <p>Preclásico Temprano</p> <p>500 a.C – 100 d.C</p>	<p>Clásico Temprano</p> <p>Clásico Medio</p> <p>Clásico Tardío</p> <p>0 – 500 d.C</p>	<p>Clásico Medio</p> <p>Clásico Tardío</p> <p>400 d.C – 600 d.C</p>	<p>Clásico Tardío</p> <p>Posclásico Temprano</p> <p>600 d.C – 1000 d.C</p>	<p>Posclásico Temprano</p> <p>Posclásico Tardío</p> <p>1000 d.C – 1521 d.C</p>

Fuente: Cuevas y Platas, 2011: 22.

taciones obtenidas por hidratación de obsidiana que fueron examinadas por el Obsidian Laboratory of UCLA, y ofrecieron una secuencia de fechas que van desde 806 a. C. hasta 520 a. C. Por otra parte, es importante mencionar que en ese momento el arqueólogo Arturo Oliveros ya había excavado las cuatro tumbas ahuecadas de El Opeño (Oliveros, 2000), reconocidas años atrás por Noguera en el área de Jacona (Michoacán). En ellas aparecieron materiales cerámicos muy similares a los presentes en Capacha. Oliveros fecha estas tumbas ahuecadas en 1200 a. C., es decir, en pleno Formativo medio, lo cual ayuda a Kelly a proponer 1500 a. C. como fecha asociada a la ocupación Capacha.

En esta misma publicación, Kelly establece la cronología para la siguiente fase, Ortices, a la que da como fecha de inicio el año 500 a. C., y que se relaciona con otros desarrollos importantes del Formativo tardío como Chupícuaro, en la región de El Bajío, con el que comparte similitudes culturales. Sin embargo, la asociación más importante de esta fase es con el inicio de la conocida tradición de Tumbas de Tiro, que caracteriza al Occidente mesoamericano durante el Formativo tardío y, sobre todo, en el Clásico temprano.

Si se observan las fechas, es posible apreciar que, o bien se cuenta con una ocupación muy prolongada de la tradición Capacha —de prácticamente mil años sin cambios reflejados en su cultura material, como se verá más adelante—, o bien existió un hiato temporal con abandono por motivos desconocidos hasta la fecha, con una posterior reocupación de este valle durante la fase Ortices, es decir desde 500 a. C. aproximadamente.

Para determinar si hubo continuidad o discontinuidad, se ofrecerán diversos datos obtenidos en la investigación y que permiten avanzar en la interpretación de los procesos culturales que ocurrieron en este período, tan desconocido, del desarrollo humano del Occidente de México. Se parte de tres ejes de análisis: el patrón de asentamiento, la cultura material —básicamente la cerámica— (Almendros, 2011) y, por último, el patrón funerario de los grupos humanos que habitaron la región durante el período que abarca de 1500 a. C. a 100 d. C.

2. Cambios culturales reflejados en el patrón de asentamiento

Para comprobar la hipótesis que se maneja en el proyecto acerca de la continuidad ocupacional, y ante la dificultad de hallar vestigios, sobre todo, de la fase Capacha, es necesario identificar, entre la escasa información arqueológica con la que se cuenta, algunos rasgos que puedan hablar de continuidad o discontinuidad cultural.

Uno de los aspectos que se podría tratar en primera instancia es el patrón de asentamiento. Este muchas veces diferencia a un grupo cultural de otro, puesto que eligen sus áreas de morada dependiendo de su estrategia económica y/o de su organización sociopolítica, en función de su complejidad social y de las prácticas culturales asociadas a esta.

En el caso de las fases Capacha y Ortices, esto resulta sobremanera difícil, pues no se cuenta con evidencias de sus actividades domésticas, es decir, no se tienen vestigios de las áreas habitacionales o de actividad más allá de las áreas destinadas a albergar a sus muertos.

No se encuentra ninguna evidencia de arquitectura en ambas fases excepto la reportada en el caso del sitio El Panteón, excavado por la doctora Lorenza López (Ramos et al., 2005), que documenta el hallazgo de un muro de planta circular y perimetral en el área funeraria.

Ahora bien, el patrón de asentamiento se puede determinar a partir del hallazgo de estas áreas funerarias si se parte de la premisa de que, si bien se trata de zonas destinadas a los enterramientos, no debían estar muy lejos de las áreas habitacionales y de actividad económica de la comunidad.

En este sentido, durante la fase Capacha, se observa que la mayoría de sitios registrados hasta ahora se ubican en la zona norte del valle, que pertenece a las faldas del volcán, justamente en un paisaje de lomeríos producto de los escurrimientos volcánicos solidificados y que ha generado un suelo muy somero debido a la inclinación y, por lo tanto, al arrastre de tierras hacia la parte baja.

En estas zonas se han localizado, desde las primeras investigaciones de Kelly y hasta el año 2011, varios «panteones» (término utilizado en la región para denominar las áreas funerarias), entre los que destacan El Barrigón, La Cañada, La Capacha, La Parranda, Parcela de Luis Salazar, El Volantín y El Diezmo-Adonaí.

Por otra parte, se han identificado algunos sitios con esta ocupación temprana en la zona sur del valle, donde la acumulación de sedimentos de arrastre de las diversas fuentes hídricas deja unos suelos masivos de hasta más de tres metros, en los que se puede encontrar evidencia arqueológica. En esta zona sur destaca el hallazgo de otras áreas con vestigios funerarios Capacha, como la parcela de Jesús Gutiérrez, Las Borregas, Quintero y la parcela de Jesús Valladares, localizados por Kelly; mientras que gracias al trabajo de protección del patrimonio arqueológico, que se intensifica en la entidad a partir de la creación del Centro Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de Colima, se han localizado ya otros importantes hallazgos como el de El Panteón, cerca del poblado de Las Guásimas; Las Fuentes, al sur de la ciudad de Colima, y Puertas de Rolón, al suroeste del núcleo urbano de Villa de Álvarez.

En este sentido, se observa un patrón de distribución amplio, siendo una de las características que comparten estos sitios que todos están muy cercanos a corrientes de agua, e incluso, en el caso de Las Fuentes, estamos ante un área de enterramientos ubicada en una cama de arenas perteneciente a un arroyo de temporal.

Por lo tanto, es evidente que las zonas habitacionales se ubicarían cercanas a estos «panteones»; sin embargo, es de destacar que la mayoría de estos se encuentran en zonas donde seguramente las actividades económicas como la agricultura no eran tan factibles. En la zona norte se encuentran pequeñas lomas donde los suelos son todavía más someros, en las que sus ocupantes excavaban en ellas fosas en el tepetate y depositan los cadáveres.

En el caso de la zona sur, con suelos mayores, los ejemplos que tenemos son el ya comentado de Las Fuentes, donde eligen una zona de arenas, seguramente correspondiente a un meandro del arroyo; y en el caso de Puertas de Rolón, se ubica en una pequeña elevación del terreno, con toda probabilidad cercano a las zonas de cultivo.

Hay varias posibles respuestas sobre esta falta de evidencia arquitectónica durante la fase Capacha, pero por la que se inclinan la mayoría de investigadores de la región del valle de Colima es que la superposición de ocupaciones posteriores posiblemente destruyó estas evidencias. Aunque no se pueden descartar otras posibilidades o incluso la multifactorialidad. Es decir, es probable que a esta reocupación constante a lo largo de la secuencia cultural prehispánica del valle de Colima (Almendros y González, 2009), se deba añadir que la arquitectura se realizaba con materiales eminentemente perecederos, o bien que algunos derrames lávicos pudieron sepultar estas evidencias.

Para la fase Ortices ocurre algo similar, ya que no se encuentran evidencias arquitectónicas, por lo menos demostradas como de esta fase hasta el momento. Aunque en la actualidad hay varios investigadores trabajando sobre la hipótesis de la asociación de esta fase, y los grupos humanos que habitaron el valle durante esta época, con la edificación de arquitectura de tipo monumental. Por el momento, ni siquiera ha sido posible localizar arquitectura de tipo doméstico o habitacional. Con lo cual se tiene la misma premisa que para la fase anterior, se conoce la ubicación de estos sitios por la presencia de zonas destinadas al enterramiento a modo de cementerios.

De igual manera, durante esta época se agrupan los enterramientos en un área, hasta donde parece, exclusivamente destinada para esta función. Sin embargo, de nueva cuenta se puede pensar que las áreas habitacionales estuvieron relativamente cerca.

A diferencia de los grupos de la fase Capacha, para la fase Ortices parece haber una mayor cantidad de población en el valle de Colima, quizá debido a una intensificación agrícola; pero también por la existencia de una mayor complejidad en la organización social que permitió la ocupación más extensa de este valle para su explotación. Es mayor el número de sitios que se tienen registrados; se trata igualmente de sitios distribuidos tanto en el norte como en el sur del valle y cercanos a las corrientes de agua que lo surcan.

Teniendo en cuenta lo anterior, se considera que la dificultad de encontrar asentamientos habitacionales de la fase Capacha puede deberse a la reocupación de los espacios que tuvo lugar en la fase Ortices, por lo que los contextos de la fase anterior fueron destruidos o reutilizados.

En este sentido, el sitio Puertas de Rolón, donde trabajó en 2007 la arqueóloga Judith Galicia, deberá arrojar mucha información al respecto, ya que se localizaron en un mismo espacio contextos de ambas fases, Capacha y Ortices.²

2. Judith Galicia, comunicación personal.

Parece que justo en este sitio será factible observar el paradigma de la continuidad cultural entre grupos, ya sea a partir de la estratigrafía o de la distribución de evidencias en el interior del sitio. Sin embargo, hasta que esta información sea investigada y vea la luz, debemos disponer de otras estrategias para dilucidar acerca de nuestra pregunta principal.

3. Cambios culturales reflejados en la cultura material

Esta falta de contextos habitacionales nos lleva a otro aspecto importante que marca las características culturales de ambas fases: el material arqueológico. Se plantea la pregunta de si sería posible ver a través del material, sobre todo cerámico, la posible continuidad cultural o bien la falta de esta, entre ambas fases. El complejo Capacha se define a partir de un material cerámico muy característico pero siempre procedente de contextos funerarios; en este aspecto no conocemos el material doméstico, es más, Kelly únicamente definió un tipo cerámico: el Capacha monocromo, que clasificó por formas y estas contemplaban unas características específicas tanto en la decoración como en los acabados de superficie, ya que la pasta siempre era la misma, así como el engobe aplicado.

En este sentido, existen algunas variantes en la decoración, básicamente el rojo zonal³, material en el que se apoyó la autora para relacionarlo a nivel cronológico con el sitio de El Opeño, en el cual se hallaron vasijas muy parecidas.

Ahora bien, el material más característico de esta fase son, sin duda, las ollas de silueta compuesta y doble cuerpo globular conocidas como *bule* (calabaza), justamente por las similitudes de las formas. Estas suelen presentar una decoración a base de incisiones en formas geométricas, aunque los más destacados son los motivos de tipo solar, denominados *sunburst*.

Una forma muy similar a la descrita, pero donde ambos cuerpos se unen por tubos cerámicos, es realmente peculiar y característica de esta fase. Existe una variante con dos tubos conocida como bífido y otra de tres tubos denominada trífido. Justo estas formas son las que se han asociado a las conocidas vasijas con boca o asa de estribo (Kelly: 1970), tan comunes en diferentes culturas tanto sudamericanas como de fases tempranas en otras áreas de Mesoamérica. En este caso, no suelen presentar decoración más allá del engobe y algunas tienen las mismas incisiones antes mencionadas.

Estas ollas dobles (bules), bífidos y trífidos se están investigando de forma interdisciplinar con biólogos, ya que cabe la posibilidad de que estas vasijas estén asociadas a la destilación temprana de fermento de agave, al guardar cierta similitud con los conocidos como destiladores de tipo mongol, hallados en Chi-

3. Este tipo cerámico presenta una decoración en la que se realiza la aplicación de pintura de color guinda para la elaboración de diseños geométricos, los cuales se delimitan a partir de incisiones en la pared de la pieza.

na en cronologías tempranas. Sobre este aspecto se está trabajando arduamente y ya se comprobó, mediante arqueología experimental, que efectivamente con la tecnología de la época era posible destilar en estas vasijas; sin embargo, faltan mayores estudios para poder afirmar que los grupos Capacha destilaron agaves, obteniendo alcohol y destinándolo, con toda probabilidad, para fines rituales (Zizumbo et al., 2009a, 2009b y 2011).

En esta fase se encuentran también, aunque en menor cantidad, otras formas cerámicas como los tecomates, muchos de ellos con orificios en los bordes, posiblemente para ser colgados; algunas vasijas arrifionadas, es decir, con dos hendiduras en el borde que modifican su forma circular; pero también vasijas con representaciones tanto antropomorfas como zoomorfas, que en etapas posteriores serán tan características de la Tradición de Tumbas de Tiro tanto en Colima como en todo el Occidente mesoamericano. Es importante señalar la presencia de recipientes miniatura, sobre todo pequeñas ollitas, observándose en alguna de estas el uso de soportes, lo cual puede estar relacionado con esta actividad de destilación, donde la ollita miniatura constituiría el receptáculo interno para el alcohol obtenido; sin embargo, por ahora tan solo se maneja a nivel de hipótesis.

Como se mencionaba, la decoración suele estar restringida a la aplicación de engobe y a la incisión de motivos geométricos, además del uso de la pintura de color guinda en el tipo rojo zonal, descrito con anterioridad.

Se encuentran algunas figurillas sólidas con una manufactura bastante deficiente, muy diferente a la gran tradición de elaboración de figurillas modeladas que se genera en el Occidente a partir de la siguiente fase, Ortices. Se observa evidencia de silbatos zoomorfos y, entre los materiales líticos, encontramos pequeños molcajetes con soportes, siendo materiales realmente escasos, lo cual probablemente tiene que ver con la asociación de estos materiales a contextos funerarios y no a espacios domésticos.

Como se viene mencionando, la totalidad de los contextos excavados de esta fase en Colima pertenecen únicamente al ámbito mortuario, por lo que no sabemos si el material arqueológico recuperado coincide con los materiales domésticos, o bien son únicamente tipos de carácter ritual, lo que crea un desconocimiento del material de uso cotidiano que, a su vez, nos habría podido ayudar a detectar las áreas de habitación.

Por otra parte, el material cerámico de la fase Ortices corresponde a una cerámica que se ubica aproximadamente entre los años 600 a. C y 100 d. C. Se distingue por estar manufacturado con pastas finas con poca presencia de desgrasante, micas y arenas de grano fino, principalmente. Un rasgo distintivo de las cerámicas manufacturadas durante este período es que su superficie tiene un acabado pulido donde destacan decoraciones monocromas en tonos café, guinda y rojizo. Esta decoración aparece, principalmente, en cajetes de base plana y trípodes.

Otra decoración que predomina en el universo cerámico conocido para la fase Ortices es la policroma, en la que los artesanos de la época plasmaron una serie de elementos geométricos siguiendo el principio básico de líneas y ban-

das, con colores guindas, negros, cremas, rojizos y blanquecinos. Esta decoración la encontramos en ollas y cajetes de boca ancha. A esto se añade el uso de técnicas como el esgrafiado y el acanalado para darle mayor esteticidad a los objetos.

Se realizaron ollas globulares y de silueta compuesta con representaciones fitomorfas que aluden principalmente a calabazas. El modelado de la arcilla no solo fue utilizado para la creación de recipientes utilitarios, tales como cajetes trípodes y sencillos, o platos y ollas, si no que también elaboraron vasijas con formas de animales y objetos abstractos.

Una de las formas más destacada es la olla, que como norma general presenta cuellos cortos y bocas anchas. En las formas de los cuerpos se observan reminiscencias o similitudes con la fase Capacha, tanto por la presencia de siluetas quebradas como por el uso de depresiones a modo de cinturas, para conseguir en la vasija una forma de «bule» o calabaza. En cuanto a la decoración en las ollas, predomina la aplicación de pintura de color guinda a modo de motivos geométricos, compuestos en su mayoría por líneas que se articulan en diferentes figuras como redes, triángulos rellenos, grupos de líneas en vertical sobre el cuerpo, o bien en forma oblicua alrededor de este. Destacan algunos ejemplares con decoración conocida como tablero de ajedrez y que sin duda nos remiten a piezas muy conocidas de la tradición Chupícuaro (Guanajuato y Michoacán).

Posteriormente, encontramos otro grupo que combina este color guinda sobre el bayo o café de la pasta; pero además añade lo que se denomina negro, que, igual que se mencionó para la cerámica Capacha, es más bien un tono púrpura oscuro, guinda fuerte o café oscuro, con el que combinan los colores para elaborar los motivos antes mencionados. Por último, en las ollas se aprecian algunas piezas que presentan tonos blancos o cremas incluidos en esta decoración, sobre todo en un tipo que se conoce como bandas sombreadas y que será de larga tradición en la región. En este tipo se aplica un baño blanquecino, seguramente caolín, y se peina para retirar algunas partes de este baño y dejar a la vista el color de la pasta. Esta acción se realiza varias veces y en direcciones distintas, lo que deja un efecto de redes en la decoración de la pieza. Destaca el tipo denominado manchón, en el cual al final se le aplica un pulimento a toda la pieza llegando casi a ser bruñido.

Los tonos que presentan la mayoría de los cajetes son, sobre todo, café claro, café oscuro y tonalidades grises; no tienen decoración, más allá de algunas aplicaciones al pastillaje; y el nivel de pulimento exterior e interior varía bastante de un ejemplar a otro.

En esta fase se encuentran algunos tecomates como en la anterior, Capacha, pero no son muy comunes. Destaca la presencia de decoración tanto incisa como, especialmente, esgrafiada fina, con motivos semejantes a los pintados, es decir, geométricos de redes y triángulos rellenos, entre otros.

En esta fase continúa la representación zoomorfa y antropomorfa en cerámica, aumenta en gran número la representación humana y animal en figurillas só-

lidas que escenifican sin duda la vida cotidiana, pero también empiezan a aparecer las figuras antropomorfas huecas, así como las vasijas efígie, de las que existen algunos ejemplos en Capacha que a la fecha no están publicados.⁴

En cuanto a las representaciones zoomorfas aparecen los primeros cánidos —que serán tan representativos de la siguiente fase, Comala—, de manufactura un tanto burda, con acabado de superficie alisado o ligeramente pulido, en contraposición al pulido fino, casi bruñido, de los materiales Comala. Se cuenta con una vasija en forma de tortuga, decorada con una combinación de colores entre rojo guinda, bayo y gris, casi negro, que recuerda sin duda a la vasija en forma de tortuga contemporánea a Capacha y que Kelly reporta en su publicación (Kelly, 1980: 76, fig. 30 c y cc).

Por último, inician las representaciones arquitectónicas en cerámica, las denominadas maquetas, que tendrán su auge en la siguiente fase, y de las que no se conocen ejemplos para la fase Capacha. Suelen ser de tipo cuadrangular y con los techos a cuatro aguas.

4. Cambios culturales reflejados en el patrón funerario

A lo largo del texto se ha venido comentando que la totalidad de hallazgos correspondientes a ambas fases están relacionados con contextos funerarios, así que deberíamos contar con una mayor información al respecto de estas evidencias. Sin embargo, son pocos los trabajos centrados en esos estudios y que ya han sido publicados.

La mayoría de estos se han basado en una descripción formal del tipo de entierros y, de manera paulatina, se empieza a contar con análisis de tipo bioantropológico, es decir, ofreciendo características de la población de cada una de estas fases.

En el caso de la fase Capacha, como se ha comentado, estos grupos destinan un área específica a depositar los enterramientos; así se observa que la mayoría de ellos corresponden a entierros tanto individuales como colectivos; abundan los entierros primarios, prácticamente todos ellos en posición extendida, ya sea en decúbito dorsal o lateral tanto izquierdo como derecho. Cuando existen entierros flexionados o en decúbito ventral, normalmente son secundarios, como menciona Alcántara (2005: 231) en su tesis sobre los contextos funerarios del sitio Las Fuentes. En cuanto a las ofrendas, estas son muy variadas en cantidad, pero prácticamente todos los depósitos mortuorios presentan ofrendas compuestas en su mayoría por materiales cerámicos. En algunos casos también se cuenta con ejemplos de elementos líticos pulidos como metates o molcajetes.

Con respecto a la lítica tallada, es muy poco común en esta fase, aunque es necesario plantearse la misma pregunta: tal vez no se depositaba en los contex-

4. Judith Galicia, comunicación personal.

tos funerarios pero sí se encontraría en los habitacionales relacionados con actividades domésticas. Sin embargo, es importante señalar que la región no cuenta con yacimientos de obsidiana por lo que, en general, la presencia de elementos de este material es menor que en otras regiones de Mesoamérica a lo largo de toda la secuencia cultural prehispánica.

Con relación a la orientación del esqueleto y a la posibilidad de que existiera un patrón específico para depositarlo, o un lugar determinado para la ofrenda, no es posible establecer una pauta; pues en el caso Capacha las formas de enterramiento son muy variadas, a diferencia de lo que ocurre en otras áreas mesoamericanas e incluso en la región del valle de Colima, pero en etapas posteriores, donde los patrones de enterramiento están claramente más definidos.

Una de las preguntas con relación al aspecto funerario asociado a la fase Capacha tiene que ver precisamente con la existencia o no de tumbas ahuecadas. Dicha pregunta surge a partir de dos premisas: por una parte, el hallazgo de las tumbas de El Opeño, sitio considerado contemporáneo a la tradición Capacha y, por otra, como posible antecedente en el área de Colima de una tradición, la de Tumbas de Tiro, que, como se viene mencionando a lo largo del escrito, caracterizará de forma contundente los siguientes siglos en la región del Occidente. Es importante destacar que esta tradición tiene como eje definitorio el tipo de recinto del enterramiento, en el cual se realiza un trabajo de ahuecamiento del tepetate o roca madre para conformar un acceso y, posteriormente, una o varias cámaras donde serán depositados tanto los cuerpos como sus ofrendas. Se considera que geográficamente abarca una especie de arco que incluye los estados de Jalisco, Michoacán, Nayarit y Colima, como núcleo de esta tradición; sin embargo, se muestran ejemplos de este tipo de entierro también en los estados de Zacatecas, Sinaloa y Guerrero.

El tipo de tumba de tiro es distinto en cada una de las regiones que conforman este arco, donde sin duda los «hacedores de tumbas», como los denomina Oliveros (2000), se adaptaron a las condiciones del terreno; pero también a la complejidad social alcanzada por estas sociedades en cada región. Esta expresión funeraria común se interpreta como una inclusión de estos grupos dentro de un sistema de intercambio a larga distancia; pero con particularidades en cuanto a la organización social en cada área. Prueba de ello es el tamaño tanto de las tumbas como de los materiales depositados en ellas. Tal vez uno de los casos más claros sería el de la tumba de Huitzilapa, hallada por los arqueólogos López y Ramos (1998: 57-74), donde se reportan gran cantidad de objetos de ofrenda, tales como concha, piedra verde, cuarzo, además de figuras escultóricas antropomorfas (López y Ramos, 1998: 65).

Así pues, en la región de Colima, a pesar de no haberse hallado Tumbas de Tiro asociadas a entierros y/u ofrendas Capacha, existen rumores entre los «moneros», o saqueadores de la región, de hallazgos de tumbas que podrían considerarse de tiro junto con materiales propios de la fase Capacha. Sin embargo, hasta la fecha esto no se ha podido confirmar a partir de evidencias arqueológicas recabadas de forma profesional. El hecho de que en la fase posterior, Or-

tices, ya exista este tipo de arquitectura y de ritual funerario, pudiera ser un factor que diera fuerza a la hipótesis de la discontinuidad ocupacional entre ambas fases; sin embargo, al remitirse a los entierros que se observan para las dos fases se aprecia que son más los aspectos de continuidad.

Tenemos entonces que en la fase Ortices se dan dos tipos de entierro: las Tumbas de Tiro —que pueden considerarse las más tempranas de este tipo—, excavadas en el tepetate, con entierro acompañado de ofrendas cerámicas y líticas.⁵ Y los entierros en fosa, que son los más comunes.

Además, hay condiciones fisiográficas que diferencian los contextos funerarios hallados en la parte norte del valle de los de la parte sur. Así, en la parte norte se excava una pequeña oquedad en la que es depositado el cadáver junto con su ofrenda, y luego se cubre con tierra y el mismo tepetate molido; esto genera una capa muy compacta que se adhiere a los huesos y dificulta su excavación. Es importante destacar, además, que una característica de los entierros en la zona norte es la mala conservación del hueso, debido a la acidez del suelo. A ello se suma la destrucción del colágeno, por lo que rara vez es posible fechar estos restos.

En la parte sur del valle se ubica de nuevo la mayor cantidad de hallazgos de áreas funerarias, y es que en esta fase se da una continuidad con respecto a la agrupación de los entierros en espacios destinados exclusivamente a este fin, el de depositar los difuntos de la comunidad.

En términos generales es posible observar, en varios de los análisis realizados sobre los contextos mortuorios de esta época (Almendros y González, 2009; Cuevas y Platas, 2011), algunas características similares a la fase anterior, en el sentido de que se pueden tener enterramientos individuales o colectivos, la mayoría son de carácter primario, aunque se reportan algunos secundarios. La práctica totalidad de los individuos aparecen extendidos en decúbito dorsal o lateral derecho o izquierdo. Presentan ofrendas, sobre todo vasijas cerámicas de los tipos anteriormente descritos y considerados característicos de esta fase. Por otro lado, en este momento de la ocupación del valle destacan algunos aspectos particulares, como la deformación craneal, que se vuelve más común entre los individuos observados. Dicha práctica se ha asociado a varias de las fases de la secuencia cultural de la región, pero en esta es muy relevante y queda representada en las figurillas sólidas que, como se mencionó, aumentan en número y que son un reflejo de la vida cotidiana de la sociedad que las elaboró.

Es importante resaltar que existe una relación entre las figurillas y los entierros, toda vez que las primeras forman parte de las ofrendas de los segundos, y el contexto en que se encontraron hace pensar en escenas de la vida cotidiana.

5. Es importante recordar todo aquel material perecedero que sin duda acompañaría a estas ofrendas y que por cuestiones de conservación no llega a nuestros días.

na de los personajes enterrados. Un ejemplo es el sitio Valle del Sol,⁶ donde se halló un plato de la fase Ortices acompañando a un entierro; en su interior contenía varias figurillas, todas ellas femeninas, en lo que parece ser una escena de parto, pues la ubicada en el centro representa una mujer embarazada. Otro caso es el del sitio Peralta (Olay y Aguilar, 2008), en el que otro plato de esta misma fase, que acompañaba a un individuo a modo de ofrenda, contenía una sonaja de cerámica junto con varias figurillas representando músicos, lo cual se ha interpretado como que el personaje enterrado muy probablemente desempeñaba justamente esta función de músico en la sociedad a la que pertenecía.

Por otra parte, las figurillas se presentan, acompañando a algunos entierros, en forma fragmentada y en grandes cantidades, en lo que se ha interpretado como una acción ritual al «matar» o romper estas en el momento del enterramiento del cadáver.

Por último, en la fase Ortices aparece lo que se conoce en la región como «marcadores», es decir, una serie de piedras y/o metates que son depositados a un lado del individuo a lo largo de su cuerpo. Normalmente, aparecen en uno de los costados y no existe un patrón preferente por alguno de ellos, no sabemos su función de manera certera; sin embargo, algunas interpretaciones al respecto apuntan a que sería un relleno entre el límite de la oquedad y el cuerpo, para evitar en lo posible el movimiento del cadáver a la hora de su descomposición. Esta es una práctica no reportada, hasta el momento, para la fase previa —Capacha— pero sí para la posterior —Comala.

De igual forma que en la fase Capacha, en Ortices no encontramos un patrón de orientación del cadáver hacia algún punto cardinal y/o geográfico concreto, tal y como se ha interpretado para el Posclásico, en el que los entierros se ubican en forma sedente y con el rostro en su mayoría hacia el volcán (Almendros y González, 2007, 2009).

Por último, en el caso del predio El Zalate, excavado en 2005, se observó claramente que los entierros de la fase Ortices estaban depositados sobre la capa de arenas de un paleo-arroyo, lo cual de alguna forma delimita el espacio en el que se hallaban los entierros, característica que se comparte con los entierros, antes mencionados, hallados en Las Fuentes y pertenecientes a la fase Capacha, en lo que pareciera una práctica por evitar el enterramiento en las áreas agrícolas.

5. A modo de conclusiones

Retomando todos los aspectos culturales arriba descritos para las fases Capacha y Ortices, se pueden establecer unas consideraciones preliminares que en los párrafos siguientes se desarrollarán, pues este no es un tema concluido y, por ende, es necesario seguir investigando al respecto.

6. Fernando González, comunicación personal.

En general, se observa que en la mayoría de los aspectos descritos podemos considerar que existen datos para afirmar que Capacha sería el origen de un sustrato local en la región del valle de Colima, que parece mantenerse en una constante evolución durante la fase Ortices y que llegaría a su apogeo en la siguiente fase, Comala, desarrollada durante el Clásico temprano, en la que se da el auge de varias de las expresiones culturales, hecho observable, sobre todo, en la cerámica y el patrón funerario, pero también en la arquitectura.

Esta evolución a partir de un sustrato local generado entre los grupos Capacha, o bien compartido con otras regiones más amplias, como con los estados de Michoacán y Jalisco, nos refiere a uno de los primeros trabajos en Occidente, el del doctor Otto Schöndube (1980), quien publicó sus interpretaciones acerca de la existencia de dos grandes etapas en el desarrollo del Occidente, en cuyo interior se dan a su vez subdivisiones. Estas serían la etapa I (2400 a. C. - 600 d. C.), compuesta por la subetapa IA (2400-1500 a. C.) y la IB (1500 a. C. - 600 d. C.), y la etapa II (600 - conquista española). La primera correspondería a una etapa denominada Tradición Pacífica, es decir, considerada muy occidental, con rasgos propios muy marcados e influencias muy difusas de áreas como el centro de México. De esta manera, plantea que sería a partir del 600 d. C. cuando se puede hablar de una «mesoamericanización» del Occidente. Esta ha sido una hipótesis un tanto criticada en los últimos años; sin embargo, tal vez no se trata de remarcar una etapa de introversión de un área, pero sí se puede ver que es una región con rasgos muy marcados como propios y que se mantienen durante un largo período de tiempo, con cambios puntuales pero con un mismo sustrato. Así pues, esta es una hipótesis que se debe tener en cuenta a la hora de definir el desarrollo cultural del valle en toda la época prehispánica, sobre todo durante el Formativo, visto como un período de formación de un carácter propio que definirá un área por un espacio temporal amplio. Se puede considerar que existen tres etapas: en Capacha se daría el origen de una serie de rasgos y expresiones culturales, que se consolidarían durante Ortices, para llegar a su mayor desarrollo o apogeo durante la fase Comala.

Esto se observa de manera muy clara en la cerámica, tal vez el aspecto sobre el que más se ha podido trabajar al realizar estudios comparativos entre materiales de ambas fases, que nos llevan a presentar un cuadro (Figura 2 adjunta) donde se muestran las formas para las tres primeras fases de la secuencia cultural de Colima. En este cuadro se puede apreciar cómo las formas son compartidas en su mayoría y evolucionan morfológicamente; es el caso de las ollas que pierden su doble cuerpo pero se mantienen como globulares y con bocas anchas durante Ortices, para llegar a cuellos cortos y bocas estrechas en Comala, pero manteniendo el cuerpo globular.

En efecto, se observa en este cuadro que existen formas que se van perdiendo, como las vasijas gemelares o los conocidos «bules», y hay otras que aparecen en Ortices, como los vasos, o el antecedente de las ollas de silueta quebrada conocidas en Comala como «platillos voladores»; sin embargo, no podemos hablar de una ruptura clara y evidente entre los materiales de estas fases, lo cual

Figura 2. Cuadro comparativo de la cerámica de las fases Capacha, Ortices y Comala.

"El Formativo en Colima: una continuidad ocupacional"
CUADRO COMPARATIVO DE LA CERÁMICA DE LAS FASES CAPACHA-ORTICES-COMALA

Fase Capacha 1500 A.C. - 1000 A.C.	Fase Ortices 500 A.C. - 100 D.C.	Fase Comala 0 - 500 D.C.

Fuente: Elaboración de Armando Moreno.

se puede explicar como una evolución interna de grupos locales hacia modas técnicas y estilísticas diferentes, pero no como un aspecto de ruptura que pudiera involucrar el arribo de grupos exógenos al área. Seguramente, llegan ideas del exterior y estas se comparten con grupos foráneos, pero lo destacado es el carácter local que tienen estas expresiones culturales durante un largo período de tiempo en el valle de Colima.

Otro aspecto concreto de la cerámica del que podemos hablar es el uso de los pigmentos. Por un lado vemos un claro desarrollo de la aplicación de tonos rojizos que inician con los púrpuras de Capacha, para dar paso a los guindas característicos de Ortices y llegar al rojo pulido tan abundante entre el material de Comala, un color, además, con una técnica de aplicación y pulimento más depurada que permite su mejor conservación.

En cuanto a los tonos cafés y grises, tanto claros como oscuros, presentes principalmente en cajetes y ollas, se observa que son muy similares y constantes, siendo la diferencia más relevante la calidad de las pastas, el grosor de las paredes y la técnica de pulido exterior. Es destacable observar que para este tipo de cerámica la época de auge corresponde a la fase Ortices, donde adquieren una mayor calidad, tal vez porque durante Comala se privilegia la cerámica rojo pulido.

Otra característica importante es la presencia de vasijas zoomorfas, en las que la propia silueta de la pieza representa aves y tortugas en la fase Capacha. Este recurso creativo será empleado de forma más amplia durante la siguiente fase, Ortices, donde aparecen los cánidos, entre otros muchos animales, que caracterizarán la cerámica de la fase Comala.

Este mismo incremento ocurre con las figurillas antropomorfas sólidas y con los silbatos; presentan una clara evolución y un aumento en número y definición de rasgos a lo largo de las tres etapas, lo cual ocurre con otros elementos cerámicos como las vasijas efigie. Este aumento en el número de evidencias también es proporcional, en parte, al número de contextos excavados para estas fases.

La evolución en cuanto a los materiales cerámicos de las tres primeras fases se fundamenta, obviamente, en una clara diferencia con los materiales de las fases posteriores, así como en algunas de sus prácticas culturales, sobre todo en el ámbito funerario. A partir de la fase Colima ya se empieza a encontrar una mayor evidencia arquitectónica de espacios habitacionales a diferencia de las fases anteriores. Tal vez la ruptura no responda a una invasión de grupos mesoamericanos, pero sí existe un cambio mayor en algunos patrones culturales que en las fases anteriores tenían una esencia muy propia.

De esta manera, se marca una reminiscencia del estilo cerámico desarrollado anteriormente en el valle de Colima; las características de estos materiales vistos con mayor detenimiento a través de esta investigación nos permiten considerar que existió un continuo —*una tradición de la industria alfarera*— en cuanto al conocimiento de técnicas y formas de estilo cerámico de la fase Capacha a la Ortices, y no una ruptura y total desconocimiento en el tiempo entre un grupo y otro, como hasta hace poco se consideraba, basándose en la cronología.

En la expresión funeraria se aprecia también esta reminiscencia —*una tradición en la expresión funeraria*— con una misma tendencia hacia la agrupación de los entierros en «panteones», al depósito de los cadáveres en posición extendida en simples fosas excavadas o bien en tumbas ahuecadas, con presencia de ofrendas en su mayoría compuestas por elementos cerámicos. Dichos entierros eran ubicados con toda probabilidad en las tierras menos adecuadas para el cultivo y con señalización en la superficie para poder identificar este espacio sagrado.

En cuanto al acaecimiento del desarrollo cultural Capacha en Colima, se ha querido ver como la expansión de pueblos exógenos, esto en función de la inexistencia de evidencia de ocupación o grupos humanos anteriores en la zona, además de por una economía agrícola completamente asimilada por estos grupos Capacha, lo cual se interpreta como que llegaron a esta región con un conocimiento previo de este aspecto económico.

Evidentemente, se deben continuar las investigaciones, tanto para el hallazgo de evidencias del desarrollo cultural anterior como para poder definir propiamente la fase Capacha y así poderla comparar con desarrollos contemporáneos en otras áreas. También se debe avanzar en aspectos acerca de su estructura sociopolítica, en el sentido de que algunos investigadores han señalado que la estructura social de estos grupos estuvo compuesta por sociedades aldeanas sustentadas en una economía agrícola de autoconsumo, aunque no descartan que ya contaran con redes de intercambio comercial (Oliveros, 2000), lo que deducen de la presencia en las ofrendas de materiales procedentes de regiones muy lejanas.

Con respecto a su ubicación y distribución geográfica, las exploraciones de Kelly indicaron que las evidencias que distinguen las características que integran el complejo Capacha se habían registrado principalmente hacia las estribaciones de la ladera sureña del volcán de Fuego, en un escenario geográfico caracterizado por montículos tepetatosos, algunos de los cuales fueron utilizados como espacios de enterramiento.⁷ Investigaciones recientes efectuadas hacia el sector centro y suroeste del valle, surgidas bajo figuras propias de la arqueología preventiva, han revelado nuevos e importantes espacios de índole funeraria relativos a esta fase cultural (Alcántara, 2005) en zonas de acumulación de aluviones y lechos arenosos de origen fluvial.

Es importante señalar que este tipo de material asociado a Capacha se ha encontrado más allá del valle de Colima, en otras zonas del mismo estado, pero también en regiones vecinas como Michoacán o Jalisco.

De esta manera, las características que comparten los objetos que acompañan a los individuos inhumados en los diferentes contextos identificados, dan pie a determinar que los grupos que habitaron en el estado entre los años 1500-

7. Kelly (1980) reportó contextos funerarios Capacha también en la cuenca del río Salado y en las cercanías de Zapotitlán en Jalisco.

500 a. C. compartían un pensamiento colectivo, una manera de ver su entorno y dar explicación al mismo. Seguramente, con un grado de institucionalización sobre pautas que trascendían más allá de una sola comunidad o aldea; la idiosincrasia de la época se ve manifestada en diferentes sitios de una extensa región, donde la suma de estos patrones culturales permite definirla como un área cultural distintiva dentro del Occidente mesoamericano.

Ahora bien, si hay un aspecto que ha resultado enormemente discutido con respecto a esta fase temprana es, justamente, su cronología. Como se mencionó al principio, la discusión se ha centrado en torno a la única fecha de Carbono 14 obtenida por Kelly y que pretende un desarrollo muy temprano de esta cultura (1500 a. C.), lo que ha supuesto que se la considere una de las primeras correspondientes a grupos agrícolas en Mesoamérica. En cronologías anteriores al 1500 a. C. son pocos los ejemplos de asentamientos humanos hallados en todo el Occidente de Mesoamérica. Destacan los reportados por Schöndube (1990) para la zona de Zacoalco y Sayula, con evidencia de acción antrópica para una fecha aproximada de 20000 a. C. Mientras, por su parte, Mountjoy (2000: 114) encuentra evidencias del período Arcaico (7000-2000) en San Blas y Nayarit, y menciona la existencia de estos contextos en la cuenca del Magdalena, en Jalisco.

En Colima no se tienen registradas por el momento evidencias de estas fases culturales anteriores a la domesticación agrícola, conocidas como precerámicas. Sin embargo, esta fecha temprana ha llevado a investigadores como el propio Mountjoy (2000) a ver el desarrollo Capacha en Colima como un foco de difusión de esta tradición hacia otras áreas del Occidente:

El desarrollo inicial de Capacha parece haber ocurrido en las cuencas altas y medianas del extremo oeste del escarpado sur del eje neovolcánico de México, pero parece que posteriormente llegó a difundirse por la llanura costera de Jalisco y Nayarit, y posiblemente por la de Sinaloa (Mountjoy, 2000: 114).

Sin embargo, en el valle de Colima la problemática planteada, que se refuerza con el análisis de estos factores compartidos entre Capacha y Ortices, fortalece cada vez más la hipótesis de una continuidad entre ambas fases. Se considera que esta continuidad pasaría por un acaecimiento de la tradición Capacha en el valle en fechas más tardías a las consideradas por Kelly. Teniendo esto en cuenta, tal vez la difusión fue a la inversa, ya que Mountjoy tiene fechas bastante tempranas para el área de Jalisco. Incluso podría resultar más razonable que la difusión hubiera surgido desde el área de El Opeño hacia estas regiones, ya que presenta fechas de inicio del Formativo Medio. Obviamente, esta gran pregunta no podrá ser contestada en tanto no se realicen una serie de dataciones por métodos específicos y sobre materiales distintos que nos puedan confirmar que, en efecto, la antigüedad de la fase Capacha nos remite al Formativo temprano.

Únicamente como ejemplo de esta gran polémica, durante los trabajos realizados en mayo de 2011 en el Rescate Arqueológico El Diezmo-Adonaí, al nor-

te de la ciudad de Colima, se hallaron contextos funerarios de la fase Capacha, de los cuales se tomaron muestra de molares de dos individuos para realizar dataciones por Carbono 14.

Dichas muestras fueron enviadas, junto con otra perteneciente a un entierro claramente Ortices del sitio El Zalate (Colima), a la Universidad de Groningen en Holanda, concretamente al Center for Isotope Research (CIO). De las tres muestras solo una de las pertenecientes a Capacha y la de Ortices ofrecieron una fecha, la otra muestra no contenía el suficiente colágeno para ser fechada, clara evidencia del mal estado de conservación de los entierros en la zona norte del valle tal y como se mencionó anteriormente.

La fecha obtenida para la muestra del entierro Capacha de El Diezmo-Adonaí⁸ fue de 2050 ± 35 B.P., lo que nos sitúa de manera más controvertida en el año 150 a. C. aproximadamente.

Por su parte, la muestra del entierro Ortices del sitio El Zalate⁹ arrojó una fecha de 2140 ± 30 B.P., lo que nos ubica hacia el 190 a. C. aproximadamente.

Con este dato resulta todavía más evidente la dificultad de explicación para la cronología de la fase Capacha, ya que la fecha para la fase Ortices se encuentra perfectamente dentro del rango considerado para su desarrollo en el valle. Sin embargo, por el momento, la fecha para Capacha no corresponde a la datación determinada por Kelly. Este dato se comparte únicamente como muestra del gran reto que tienen los investigadores del área y el compromiso que se debe adquirir con la necesidad de realizar el mayor número de dataciones posibles, y por los métodos necesarios, para poder conformar las bases científicas adecuadas que definan la cronología de estas fases.

Es importante insistir en que esta no deja de ser tan solo una fecha, igual que la utilizada por Kelly para determinar la antigüedad de Capacha, así que darle una mayor importancia sería tal vez cometer un error que ya debemos superar. ¿Cuál es la verdadera cronología de Capacha?

La respuesta no se puede ofrecer en este momento. Si es tan extensa como para abarcar desde 1500 a. C. hasta 150 a. C. en la región, entonces el reto para los investigadores es poder determinar divisiones e identificar diferentes subfases gracias al análisis y diferenciación de materiales cerámicos.

Por otro lado, cabe la posibilidad de que en realidad la fecha que arroja la muestra recabada y analizada por Kelly sea erróneamente temprana y que se pueda situar la tradición Capacha hacia el 800-700 a. C. aproximadamente, con una continuidad ocupacional y una evolución cultural propia entre las fases Capacha y Ortices, lo cual podría justificar una fecha de solapamiento y/o convivencia entre ambas tradiciones. Sin embargo, por el momento únicamente se puede decir que el objetivo de demostrar la existencia de una continuidad de

8. Es importante señalar que este individuo fue encontrado junto a una vasija tipo «bule» de clara manufactura Capacha.

9. Depositado en una tumba ahuecada en el tepetate y con vasijas ofrendadas claramente correspondientes a la fase Ortices.

rasgos culturales a nivel formal y tecnológico entre ambas fases queda confirmado a partir del análisis y la comparación cerámica. Y que se puede afirmar que existe una evolución clara de un sustrato cultural local que se ve reflejado de forma evidente tanto en el material cerámico como en el patrón funerario, que va de la fase Capacha, pasando por la fase Ortices y concluyendo en la fase Comala. Investigaciones posteriores nos permitirán seguir avanzando en la definición detallada de todos estos y otros aspectos culturales que definieron a los grupos humanos del Formativo en Colima.

Bibliografía citada

- ALCÁNTARA, Saúl (2005). *Las Fuentes. Un Panteón Preclásico en Colima*. México D.F.: Tesis de licenciatura ENAH.
- ALMENDROS, Laura (2011). *Proyecto de Investigación Arqueológica El Formativo en Colima: una continuidad ocupacional. Temporada 2011. Estudio y catalogación de colecciones arqueológicas del periodo Formativo*. Colima (México): Archivo del Centro INAH Colima.
- ALMENDROS, Laura, y GONZÁLEZ, Fernando (2007). «Contextos funerarios y su interpretación. Dos ejemplos en el valle de Colima». En REYES, Juan Carlos (ed.). *Memoria II Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima*. Colima (México): Secretaría de Cultura. Gobierno del Estado, págs. 60-83.
- (2009). «El occidente de México. La reocupación del valle de Colima». *Boletín Americanista*, Barcelona, 59, págs. 137-154.
- CUEVAS, Maritza, y PLATAS, Rafael (2011). *Los sistemas de enterramiento de las fases Ortices y Comala, una aplicación metodológica en los contextos funerarios del sitio Los Tabachines, Villa de Álvarez, Colima*. Xalapa (México): Tesis de licenciatura Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana.
- KELLY, Isabel (1947). «Ceramics Provinces of Northwest Mexico». En *Cuarta Reunión de Mesa Redonda. El Occidente de México*. México D.F.: Sociedad Mexicana de Antropología, págs. 55-71.
- (1970). «Vasijas de Colima con boca de estribo». *Boletín del INAH*, México, 42, págs. 26-31.
- (1980). *Ceramic sequence in Colima: Capacha, an early phase*. EE.UU.: Anthropological Papers of the University of Arizona, 37.
- MOUNTJOY, Joseph (2000). «La evolución de sociedades complejas en el Occidente: una perspectiva comparada». En *El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*. México: The Art Institute of Chicago / Secretaría de Cultura Gobierno de Jalisco y Tequila Sauza, S. A. de C. V., págs. 255-269.
- OLAY, María de los Ángeles, y AGUILAR, Jaime (2008). «Peralta, un depósito mortuario del Preclásico tardío en el valle de Colima». En REYES, Juan Carlos (ed.), *Memoria IV Foro Colima y su Región Arqueología, antropología e historia*. México: Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2008. Disponible en: <http://culturacolima.gob.mx/v2/iv-foro-colima-y-su-region/>.
- OLAY, María de los Ángeles; ALCÁNTARA, Saúl, y ALMENDROS, Laura (2010). «La Tradición Capacha. Evaluación y perspectivas desde el valle de Colima». En SOLAR, Lau-

- ra (ed.). *El sistema fluvial Lerma-Santiago durante el Formativo y el Clásico Temprano. Precisiones cronológicas y dinámicas culturales. Memoria del segundo taller sobre problemáticas regionales*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, págs. 1-23.
- OLIVEROS, Arturo (2000). *El espacio de la muerte: hacedores de tumbas en el mundo prehispánico*. México: Tesis de doctorado ENAH.
- RAMOS DE LA VEGA, Jorge et al. (2005). «Investigaciones arqueológicas en la Cuenca del Río Salado, Colima». En VARGAS, Ernesto (ed.). *El Occidente y Centro de México. IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, vol. II. México: UNAM / Instituto de Investigaciones Antropológicas, págs. 57-74.
- SCHÖNDUBE, Otto (1980). «Época Prehispánica». En *Historia de Jalisco*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, Secretaría General, Unidad Editorial, tomo 1.
- (1990). «Arqueología de Occidente. (Una charla en el Museo de Historia de Colima).» *Barro Nuevo*, Colima, abril-junio, págs. 1-4.
- ZIZUMBO, Daniel et al. (2009a). «Archaeological Evidence of the Cultural importance of Agave spp. In pre-hispanic Colima, México». *Economic Botany*, EE.UU., xx (x), págs. 288-302.
- ZIZUMBO, Daniel et al. (2009b). «Distillation in Western Mesoamerica before European Contact». *Economic Botany*, EE.UU., xx (x), págs. 1-14.
- ZIZUMBO, Daniel et al. (2010). «Importancia cultural pre-colombina de Agave spp. en el occidente de Mesoamérica». *Arqueología*, México, 44, págs. 179-195.

Fecha de recepción: 3 de octubre de 2013

Fecha de aceptación: 16 de marzo de 2014